

LA ESPERANZA



1. Gratitud

Desearía empezar esta plática sobre la esperanza, agradeciéndoles de corazón su atención e interés.

Es un gran don que nos podamos reunir bajo la guía del Espíritu Santo para reflexionar en la Palabra de Dios que alimenta nuestra esperanza cristiana.

Es una oportunidad para “mirar al futuro”, con esperanza, porque cuando observamos a nuestro alrededor, vemos a hermanos y hermanas que buscan a Dios pero que también están padeciendo los dolores y las incertidumbres de la pandemia: vivimos la inseguridad ante el mañana; el desconcierto ante una desolación que nos hace interrogar: ¿Por qué Señor nos ocurre este dolor?

¡Son tiempos difíciles para hablar sobre la esperanza, pero son épocas en las que necesitamos crecer en la esperanza! Alimentarla como algo muy amado.

Se trata de hacer un alto en el camino deseando entender mejor, desde la mente, desde nuestra inteligencia, que desea decirnos Dios: qué quiere enseñarnos con toda esta experiencia inusitada.

Una vez comprendidas mejor aquellas enseñanzas, venidas de Su amor y solidaridad por nosotros, trataremos de llevarlas al corazón, mediante la oración.

El rezar estas inspiraciones y luces aprendidas del Padre de bondad, nos sentiremos más animados a practicar y compartir apostólicamente lo que Dios deposita en nuestro interior.

2. La naturaleza de la esperanza.

Me detengo un momento para reflexionar en la naturaleza de la esperanza. El filósofo Josef Pieper no podría haberla descrito con mayor nitidez, considerándola como el “atributo base” para el cristiano. “La virtud teológica de la esperanza -dice Pieper- es el poder de aguardar pacientemente por un ‘todavía no’”¹.

La palabra esperanza viene del verbo griego “*èlpizein*” (esperar) con el correspondiente sustantivo “*èlpís*” (esperanza). Significa una forma de encarar la vida. Bajo este contexto, aguardar tiene una presencia fundamental en la prédica de Jesucristo, así como en sus actos.

La esperanza puede ser considerada como “un movimiento de la voluntad humana que tiende hacia el bien futuro, arduo pero posible. La inteligencia hace ver que su logro es causa de perfección y por ello de felicidad”².

Por su naturaleza, la esperanza mira hacia adelante, con una actitud anhelante y confiada ante un futuro enunciado por Dios en la Revelación. Una garantía de que las promesas divinas se mantendrán; que lo malo pasará, y que lo bueno será preservado.

¹ Josef Pieper, *On Hope*, Ignatius Press, San Francisco 1986, p. 40.

² A. de Sutter, *La Esperanza*, en Ermanno Ancilli, *Diccionario de Espiritualidad*, Editorial Herder, Barcelona 1983, T. I., p. 724.

En su andar el hombre hallará dificultades, como posibilidades. La esperanza ayuda a asumir con confianza valores como la valentía, la alegría y la seguridad de poder superar los impedimentos hacia una mayor realización. En este sentido, la esperanza es fuente “de energía y actividad”³.

Para el teólogo Mario Gutiérrez Jaramillo la esperanza trata de la “anticipación de Dios que ha venido y nos ha manifestado su amor incondicional en el misterio pascual de Jesucristo, encarnado, crucificado, muerto, sepultado y resucitado. Es el amor de Dios que se nos revela a través de Jesús; el Dios con rostro humano que se compromete en esperanza activa y fiel con todos los crucificados de la historia, en dirección hacia una meta tan sólida que justifica el esfuerzo del camino hacia la vida eterna”⁴.

Los primeros cristianos de ascendencia hebrea como San Pablo portaban la esperanza en los “labios”. Apenas al encontrarse, se saludaban con las palabras arameas: “*Marana Tha*”, ¡Ven Señor! Esta frase guardaba un profundo significado: *Que aquello prometido, tu regreso entre nosotros para traernos la vida eterna prometida, no tarde*⁵.

Estas palabras de esperanza mostraban la sabia profunda de aquellos cristianos ante la existencia. La esencia de lo cristiano es la esperanza en Cristo, pues “todas las promesas de Dios encuentran su ‘sí’ en Jesús”, proclama San Pablo⁶. De tal modo que el Señor es, efectivamente, “nuestra esperanza”⁷. El Apóstol de Gentes añade: Confíen en Jesucristo, pues “su esperanza no quedará defraudada”⁸.

Las enseñanzas de Jesús sobre la esperanza están íntimamente relacionadas con el anuncio del Reino de Dios, prometido a Israel a través de los tiempos por los Profetas.

La esperanza cristiana debe ser entendida como una virtud que puede vivirse en el ahora, y, también, en el futuro. Se trata de la anticipación de Dios que ha venido y nos ha manifestado su amor incondicional en el misterio pascual de Jesucristo, encarnado, crucificado, muerto, sepultado y resucitado.

3. Somos finitos; de allí nuestra inseguridad.

Incontables personas han transitado por diversas sendas durante sus vidas. A pesar de que sus existencias están llenas de anhelos de plenitud no se han encontrado enteramente con la Buena Nueva de Jesucristo. En la lejanía del Evangelio algo falta para poder lograr la mayor integridad existencial. Están presentes las experiencias básicas de la alegría, del júbilo, de los anhelos y de la bondad. Pero el esplendor de la vida sólo se aprende en Jesucristo.

En nuestro mundo la esperanza, como su “hermana” la alegría, constituyen virtudes siempre deseadas. Su carencia abaja al hombre hacia el abismo de la desesperación, al extremo nihilista. Desde aquella perspectiva Hermann Hesse, un novelista intrigado por la nostalgia, describía la vida como soledad, donde el hombre vaga caprichosamente, sumergido en la fría niebla, sin conocer auténticamente a nadie, porque todos están solos, como el gélido espacio vacío que separa las estrellas⁹.

³ Allí mismo.

⁴ Ver Mario Gutiérrez Jaramillo S.J., *La Encíclica Spe Salvi del Papa Benedicto XVI en la dialéctica de la esperanza activa, en Theologica Xaveriana*, Vol. 59 N. 168, julio-diciembre, 2009, Bogotá, Colombia, p. 420.

⁵ Ver 1 Cor 16, 22.

⁶ 2 Cor 1, 20.

⁷ 1 Tim 1, 1.

⁸ Rom 5, 5.

⁹ Ver, por ejemplo, su novela *El Lobo Estepario*.

Otra imagen que se nos viene a la memoria es la del “hombre destinado a la soledad”, paradigma resaltado, por ejemplo, por Jean Paul Sartre, quien afirmaba que el hombre nacía y moría sólo. Únicamente engañándose podía creer que no estaba abandonado.

Otro pensador, también una persona en búsqueda ofreció una respuesta, quizá una alternativa a este enigma de la condición humana. La persona constituye un reto y una paradoja. El filósofo español Miguel de Unamuno expuso alguna vez que “Una persona aislada deja de ser persona. ¿Estando sólo a quién, en efecto, amaría?”¹⁰.

Hace varios lustros un sacerdote y psicólogo llamado Ignace Lepp llamaba la atención ante una realidad: “En ninguna parte la soledad es mayor y más penosa que en nuestras grandes ciudades”. Añadiendo que “a muchos hombres les ha tocado en suerte la total soledad (...) Esto ocurre en nuestra época probablemente más que nunca, tanto a causa del desarraigo social de un número demasiado elevado de nuestros contemporáneos, como debido a una toma de conciencia más aguda de su individualidad y singularidad por parte de cada uno”¹¹.

Una de las grandes opciones es, precisamente transformar la situación de desesperanza que encara el ser humano. Una de las sublimes “armas” que Dios ha puesto en manos del hombre es la esperanza. El dolor constituye una de las mayores pruebas para la esperanza. La tragedia conforma el campo más fértil para la perplejidad. Cuando la persona requiere confrontar sus miserias y desamparos, se le abre una puerta hacia la felicidad esperanzada.

Aunque Sartre expresaba las creencias de un existencialismo muy en boga en la primera parte del siglo XX, aquella filosofía angustiada representó las percepciones de numerosas generaciones que a través de la historia han percibido la desazón de la desesperanza.

Religiones y mitologías arcaicas nacieron ante el temor y el asombro ante deidades misteriosas y remotas. Los antiguos pueblos debían enfrentarse a la levedad de la existencia, alejados del conocimiento plenificante y de la familiaridad cercana a Dios. La impotencia ante el infortunio y la muerte gobernaba sus vidas.

La humanidad aspiraba a la plenitud. “Existe otra forma de experiencia de Dios, la del deseo de alegría”, afirmaba Romano Guardini. El gran pensador católico comprendía que el hombre había vivido bajo la paradoja y la dificultad de alcanzar la realización plena:

“Anhelamos realizar nuestra existencia y sentimos que hay en nosotros un poder creador y otros valores altos que nos estimulan. Anhelamos la protección de un amor profundo, verdadero, y queremos saciarnos de alegría auténtica. Anhelamos expresar estos deseos inefables con pensamientos, palabras y actitudes”¹².

Al desconocer a Dios, el ser humano se margina de la alegría sublime; también de la esperanza de una existencia mejor. El dilema se suscita cuando la búsqueda transcurre por caminos equivocados o confinados. La respuesta descansa en el encuentro personal con el Padre Amoroso a través de su Hijo, Jesucristo, fuente de toda alegría plena. Porque es a través del Hijo que conocemos al Padre¹³.

Providencialmente la respuesta a la interrogante que había estado en labios de tantas personas alcanzó al hombre. La alegría plena, ausente desde la aurora de los tiempos, se reencontró con la historia en un acontecimiento misterioso.

¹⁰ Ver Julián Marías, *La Felicidad Humana*, Alianza Editorial, Madrid 1995, p. 281.

¹¹ Ver Ignace Lepp, *Psicoanálisis de la Amistad*, Carlos Lohlé, Buenos Aires 1965, pp. 11-12.

¹² Romano Guardini, *El Espíritu de Dios Viviente*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1992, p. 80.

¹³ Jn 1,18

Dios se hizo carne, saliendo amorosamente al encuentro del mundo. Dios escuchó el clamor anhelante de sus hijos, acudiendo hacia la humanidad en la Persona de su Hijo, Jesucristo, para dar satisfacción a las ansias de amor en sus corazones. La alegría era una Persona, más que un concepto, una idea, un culto, o una práctica filosófica.

El hombre podía alcanzar la realización plena. Era capaz de Dios. Pero fue necesario que Dios se mostrase, apartando a las personas del aturdimiento, consecuencia de la pérdida de semejanza por la ruptura del pecado. La comunicación fue restablecida por el Padre Amoroso, quien, de maneras misteriosas invitaba al género humano a encontrarse con El que Es.

Tras el acontecimiento salvífico, el ser humano fue capaz de desplegar plenamente la esperanza y la felicidad. El anuncio redentor y reconciliador reposó en una comunidad viva, la Iglesia, heredera de los Apóstoles, elegidos por el Señor Jesús para proclamar la Buena Nueva.

El Concilio Vaticano II enseña que la Iglesia “anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es ‘el Camino, la Verdad y la Vida’ (Jn, 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas”¹⁴.

La Iglesia era consciente de que esta hambre de respuestas a los enigmas recónditos de la condición humana había conmovido íntimamente el corazón del hombre, hallándose en los diversos pueblos “una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se encuentra presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana, y a veces también el reconocimiento de la Suma Divinidad e incluso del Padre. Esta percepción y conocimiento penetra toda su vida con íntimo sentido religioso”¹⁵.

El anuncio evangélico, modelado en la vida y enseñanzas de Jesucristo, aporta el mensaje salvífico ansiado. Acogiéndolo, el hombre podía elegir una vida generosa, de trascendencia del propio yo, decisión que le ofrece la felicidad. Pero subsiste entre dilemas. Una tragedia puede hundirlo en la incertidumbre, en la vacilación. Puede replegarlo hacia la resignación y el desánimo. Las fragilidades de la cultura moderna, que atrae hacia la vida individualizada, también lo despojan de los apoyos necesarios para doblegar las desventuras, o desplegar la oblación generosa.

Tanto la esperanza como la desesperanza han sido compañeras de nuestra humanidad. La persona puede entenderse como carente de “límites”, lanzada a una realización majestuosa. Pero al mismo tiempo se sabe finita, con una existencia que alcanzará un final terreno.

“El hombre advierte que su aspiración fundamental a ser cada vez más el mismo no puede satisfacerse definitivamente dentro del horizonte presente; el hombre nunca coincide con su existencia concreta”¹⁶.

¿Con qué se estrella la persona? Con un límite ineludible: el misterio de la muerte, de la finitud. ¿Cuán dramática se nos presenta hoy día esta realidad, cuando enfermedades como el coronavirus, y su corolario de hambre y miseria acechan sin distinguir a hombre o mujer, a niño o anciano, a rico o pobre, a débil o poderoso.

¿Cómo sobrellevar este destino?: “La esperanza se nos presenta como la opción fundamental con la que la persona interpreta el sentido último de su existencia”¹⁷. Hoy más que nunca la esperanza constituye una necesidad esencial para la vida.

¹⁴ *Nostra Aetate*, 2.

¹⁵ Allí mismo.

¹⁶ Ver S. de Fiores, T. Goffi y Augusto Guerra, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Ediciones Paulinas, Madrid 1991, pp. 666-668.

Nota sobre la “*Esperanza*” de G. Pianna.

¹⁷ Allí mismo.

Toda persona en algún momento de su existencia se descubre frágil e indigente. Esta fragilidad puede transformarse en una senda de crecimiento cuando las estrecheces y los sufrimientos son asumidos con fe y esperanza; no con desesperación.

El monje trapense norteamericano Thomas Merton, un convertido de las angustias del ateísmo, escribió:

“Sólo el hombre que ha tenido que enfrentarse a la desesperación está realmente convencido de que necesita misericordia. Los que no quieren misericordia, nunca la buscan. Es mejor encontrar a Dios en el umbral de la desesperación, que arriesgar la vida en una complacencia que nunca ha sentido la necesidad de perdón”¹⁸.

4. La esperanza es esencial para nuestra vida.

La esperanza es una experiencia esencial para nuestra vida. Sin ella, quizá no podríamos vivir. Observando la situación de nuestro mundo, un profundo teólogo, el Cardenal jesuita Jean Daniélou, comentaba:

“Es difícil conservar la certeza respecto al futuro en medio de dificultades. Nuestra época está llena de desesperados, de descorazonados: esta es una de las características del mundo en el que vivimos”¹⁹.

Intentando salir al encuentro desde la fe cristiana, el Papa Benedicto XVI dedicó su segunda encíclica, “Spe salvi”, precisamente a la esperanza. Una de sus primeras afirmaciones fue comprobar que “El sufrimiento forma parte de la existencia humana”²⁰. También el Papa Benedicto XVI se interrogó: ¿Acaso nos toca resignarnos a la desesperanza?

5. Jesucristo es esperanza.

El tema de la esperanza constituye una parte esencial del Evangelio. La Buena Nueva desplegada por Jesucristo es esperanza viva; una promesa que se cumple. La vida de esperanza en medio de las dificultades constituye también un desafío para el cristiano, para toda persona.

Hay infinidad de circunstancias difíciles que prueban nuestra esperanza. Hoy día nadie se escapa de la incertidumbre que trae esta pandemia global; no existe evasión posible de un posible contagio, de la enfermedad, del desasosiego por el futuro.

Todos estamos en la misma barca, como los apóstoles junto con Jesús en la terrorífica tormenta que hace exclamar a un discípulo: ¡Señor, cómo es que duermes; que nos hundimos! ¿Acaso no te preocupas por nosotros? En medio de la conmoción Jesús les responde: ¡Hombres de poca fe! ¿Acaso no saben que Dios nos cuida y nos ama en medio de las dificultades?²¹

La reacción de los discípulos, aterrados por la tormenta, se nos hace muy normal. ¿Qué padre o madre de familia no se hace esa misma pregunta cuando contempla a sus hijos y escucha las noticias de la pandemia?

¹⁸ Ver *Apotegmas del Abba Macario el Grande*, 4.

¹⁹ Ver *Apotegmas del Abba Macario el Grande*, 4.

²⁰ Ver 2 Pe 1, 6.

²¹ Ver Rom 8, 25.

El Papa Francisco nos recordaba hace unos días que en estos momentos críticos para la humanidad se parece a la tempestad que aterró a los Apóstoles: La tormenta de la pandemia “desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades”²².

Romano Guardini solía repetir que lo primero que le preguntaría a Dios, si tuviese la oportunidad de verlo cara a cara, es porqué sufren los inocentes. Todos tenemos experiencias de dolor que ponen a prueba nuestra fe y nuestra esperanza.

6. La esperanza se funda en certezas.

¡Nuestra esperanza está fundada en las promesas de Jesucristo a los Apóstoles: “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mt 28, 20). Aquel ofrecimiento del Señor Jesús sostiene nuestra esperanza.

¿Podemos separar la esperanza temporal, por ejemplo, del deseo que un proyecto salga bien, o que tengamos buena salud? ¿De la esperanza sobrenatural, que está centrada en las promesas de Jesucristo, de la felicidad y la salvación eterna?

Ambas aspiraciones son válidas. Pero la esperanza cristiana lleva consigo una característica esencial: nuestra esperanza se basa en las promesas cumplidas por Dios. ¡Nosotros construimos nuestra esperanza sobre certezas!

Dios prometió al Mesías, quien vino a habitar entre nosotros. Jesucristo, Dios hecho persona, se encarnó entre las personas para enseñarnos como ser personas. Jesucristo vino al mundo para guiarnos a ser mejores personas; a educarnos para la santidad, que es la vida de comunión con el Padre y la reconciliación con los hermanos.

Allí está el núcleo, la “substancia” de nuestra fe. La certeza de una promesa cumplida por el Dios de Bondad: la encarnación de Jesucristo para nuestra salvación y vida eterna. En palabras de San Pedro Apóstol: “Para que alcancemos la meta de nuestra fe, nuestra salvación” (1 Pe 1, 3).

7. ¿Qué significa la esperanza para el cristiano?

Nuestra esperanza tiene un sentido escatológico. “Escatos” indica que debemos mirar hacia el futuro, hacia el fin de los tiempos, bajo la luz de las promesas de Dios quien nos ofreció una vida de paz y plenitud en el amor.

Jesucristo entregó su vida, sufriendo una pasión terrible, para hacer posible este destino humano. Pero, para lograr nuestra liberación del pecado, de las cargas y los pesares, era necesario que Jesús sufriese la Pasión y la muerte en la cruz para redimirnos.

Quizá el mayor de los pecados es la desesperanza, de que nada podrá librarnos de nuestra situación de ruptura. Existe, por lo tanto, una estrecha relación entre la vida de Jesucristo encarnado, para enseñarnos a ser justos e irreprochables por el amor, y la esperanza.

Para vivir la esperanza tenemos que dejarnos amar por Dios, aceptar su amistad, porque de esa manera nacerá una confianza hacia Él: la confianza que modeló a María, nuestra Madre, que aceptó ser la Madre del Salvador.

²² Bautista Scaramelli, Directorio Ascético, 3, 8, 7.

8. Dios no nos defraudará.

San Pablo pronuncia también una afirmación contundente: “Vuestra esperanza no quedará defraudada”²³. Constituye un alegato que repetirá en innumerables oportunidades, bajo diversas circunstancias.

Aquello que está en el fondo de las palabras de un testigo como San Pablo es el deseo de compartir su fe inquebrantable en Jesucristo, quien nunca le ha fallado. ¡Qué siempre ha estado presente para ayudarlo, especialmente cuando más lo necesitaba!

El Apóstol Pablo ha hallado consuelo en el Señor; la fe lo ha colmado de esperanza. Pero no se trata de cualquier forma de “fe”. San Pablo define la fe como “garantía de lo que se espera”²⁴.

Nuestra esperanza se nutre del anhelo de encontrarnos con Cristo, de adherirnos a Él, a sus acciones, a sus palabras y a su Persona. Como cristianos, deseamos conformarnos con su misión, a su vida, en síntesis, volvernos otros “Cristos” bajo la guía de María.

Aquel clamor que anhela la ilusión de vivir en el Señor Jesús refleja una sólida realidad, ya recogida por San Agustín de Hipona: “Ninguna persona vive sin esperanza”²⁵.

9. El testimonio del Cardenal Van Thuan.

La esperanza fue la fuerza que sostuvo en las pruebas a una persona singular, un “hombre de Dios”, con quien tuve un encuentro presuroso, pero que dejó en mí una profunda huella: el Cardenal Francisco Javier Van Thuan.

Conocía de oídas el testimonio del obispo vietnamita, a quien consideraba un testigo de la fe, cuya confianza y caridad habían sido probadas en grado heroico. Estremecido, había leído su libro, “Cinco panes y dos peces”, donde narra su experiencia como prisionero del régimen comunista de Vietnam, que lo apresó durante trece años, nueve de los cuales transcurrieron en la soledad de una celda. ¿Acaso podría experimentar una persona un mayor mal que el despojo de su libertad y de su condición humana?

En el año 1975 monseñor Van Thuan fue nombrado arzobispo de Saigón, mientras su patria, Vietnam del Sur, se desangraba bajo la ofensiva militar de los vietnamitas del norte. El comunismo vietnamita consideraba la fe cristiana como una creencia foránea, introducida por el colonialismo para subyugar la península de Viet Nam.

¿Huir? Era una posibilidad que para monseñor Van Thuan estaba fuera de cuestión. Comprendía perfectamente el destino que aguardaba a aquellos que habían negado el apoyo incondicional a los militantes comunistas del Viet Cong. Serenamente decidió permanecer con su pueblo. ¿A qué habría de temerle un hombre inocente, alejado de la política y de las ideologías, llamado por Dios a servir según el Evangelio?

La convocatoria de las nuevas autoridades ocurrió intempestivamente. Monseñor Van Thuan fue acusado de actuar como “siervo de los imperialistas, fomentando el desorden”. Fue confinado en una inmundicia y solitaria celda en la prisión de Phu Khan. Aquel fue el inicio de un calvario que lo

²³ Rom 5, 5.

²⁴ Hbr 11, 1.

²⁵ Ver Victorino Capánaga, *Pensamientos de San Agustín*, BAC Minor, Madrid 1979, p. 159.

condujo por varios “gólgotas”, infiernos ideados para quebrarlo, pero que Van Thuan iluminó con la alegría y la esperanza de Jesucristo.

Fue lo que descubrió monseñor Van Thuan en su solitario calabozo, cuando parecía desesperar. En alguno de sus escritos había subrayado: “Dios nunca nos deja solos. (...) El mal, el *mysterium iniquitatis*, no tiene la última palabra en los sucesos humanos porque la salvación anunciada por Jesucristo proyecta grandes luces sobre toda la historia del mundo”.

Impresionaba que en los trece años que permaneció en una injusta prisión, sufriendo una terrible desolación existencial, privado de toda referencia humana, tuviese la fuerza para no desesperar, para renunciar a la amargura, abriéndose al amor de Dios, compartiéndolo con sus guardianes, quienes le ayudaron en cosas tan pequeñas, pero significativas, como a tallar una cruz de madera y tejer una cadenita metálica para colgársela al cuello. Pensaba que uno suele entristecerse y desesperar por experiencias de menor significación.

Más tarde, para la Cuaresma del año 2000, mientras se celebraba el significativo “Jubileo del Nuevo Milenio”, san Juan Pablo II encargó a monseñor Van Thuan dirigir los Ejercicios Espirituales para la Curia Romana: “En el primer año del tercer milenio un vietnamita predicará los ejercicios (...) Traiga su testimonio sobre la esperanza”, le anunció el Santo Padre²⁶.

Aquel año monseñor Van Thuan fue elevado al cardenalato y nombrado presidente del Pontificio Consejo de Justicia y Paz. ¿Quién mejor para dirigir un dicasterio consagrado a implementar la reconciliación, que aquel personaje que una y mil veces debió perdonar a los que le imponían una injusta prisión?

A partir de estas meditaciones escribió un hermoso libro: “Testigo de Esperanza”, donde confesaba: “Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme -cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar-, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad, el que reza nunca está totalmente sólo”²⁷.

10. ¿Cuál es el fruto de nuestra espera?

Ciertamente nada abstracto, o un sentimiento de pasajera seguridad o felicidad. Aguardamos a “alguien”, a Jesucristo, quien nos aleja de las incertidumbres. La fe en el Señor resucitado va actualizándose en las promesas que hallamos en las palabras y obras de Jesús. Nuestra esperanza se fundamenta en su testimonio vivo.

¿Cómo confrontar las situaciones límite? ¿Cruzarnos de brazos? ¿Desesperar? ¿Quizá apretar el “botón de pánico”, como me recordó alguna vez un apreciado amigo? Todo lo contrario.

Confrontado con aquel reto, el Papa Benedicto XVI nos instaba a una acción y a una vida modelada en la esperanza del Evangelio:

“Debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento. Pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que -lo vemos- es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que ‘quita el pecado del

²⁶ Ver Annachiara Valle, *El Cardenal Van Thuan. La Fuerza de la Esperanza*, Universidad Católica San Pablo, Arequipa 2010, p. 59.

²⁷ Francois-Xavier Nguyen Van Thuan, *Testigos de Esperanza*, Ciudad Nueva, Madrid 2000, p. 135ss.

mundo' (Jn 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo"²⁸.

Refiriéndose a la esperanza cristiana el Papa Francisco manifestaba: "Tras estas palabras, severas pero realistas, el Santo Padre nos abrió la luz de la esperanza cristiana:

"Los cristianos tenemos una esperanza: en la Cruz de Jesucristo hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: Jesús ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante, que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza"²⁹.

11. La necesidad de vivificar la esperanza.

La esperanza necesita ser alimentada por constantes opciones de nuestra parte. La esperanza es como una bella flor, que requiere de cuidados para que se desarrolle en toda su plenitud. San Pablo alienta firmemente a los cristianos a crecer en las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor³⁰. Para ello hay que poner medios, tomar decisiones. Es que el Apóstol sabía perfectamente que la esperanza puede debilitarse, incluso perderse.

El poeta católico francés Charles Péguy invitaba a reflexionar sobre la esperanza, afirmando que era la virtud que más amaba³¹. Cuando Péguy deseó retratarla, la describió como una frágil y débil niña. En un sentido la imagen podría ser extraordinariamente acertada: "Una niña muy pequeña". Una "niña de nada" que avanza entre sus dos hermanas mayores, la fe y la caridad³².

La esperanza aparece con discreción en la existencia humana. Sin embargo, cuando falta, nos recuerda Péguy, ¡cuánto se siente su ausencia! ¡Cuánto sufren las personas que no se dejan arrastrar por aquella niña! ¡Qué melancolía insatisfecha la de una historia sin esperanza! Con justicia podemos afirmar que la "niña esperanza" es quien tira de las otras dos. Si ella se detiene, todo se planta.

12. Llamados a vivir la Hypomoné, la esperanza activa.

Hay una palabra griega, "*hypomoné*", que nos remite a la virtud de la paciencia, de la perseverancia y de la tenacidad nutrida de esperanza. "*Hypomoné*" y la esperanza están estrechamente unidas.

En la Carta a los Hebreos San Pablo considera la "*hypomoné*" como la cualidad que expresa resistencia, constancia y templanza espiritual. Se refiere a la permanencia interior, a la espera gozosa y constante, nutrida de fe, que aguarda la gloria venidera³³.

La esperanza no es para los ilusos. Es para los realistas, que comprenden que los sufrimientos pueden permanecer. Implica "una actitud de confianza en sí mismo, aun en el conocimiento objetivo de los propios límites"³⁴.

²⁸ S.S. Benedicto XVI, *Spe salvi*, N. 36.

²⁹ S.S. Francisco, *Momento extraordinario de oración por la pandemia*, 27 de marzo, 2020.

³⁰ 1 Co 13, 13.

³¹ Ver Charles Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Ediciones Encuentro, Madrid 1991, p. 13.

³² Allí mismo.

³³ Hb 10, 36.39.

³⁴ Ver Amadeo Cencini, *Liberar la Esperanza*, Paulinas, Madrid 2010, p. 15.

San Pablo anuncia rotundamente que el Señor Jesús es “nuestra feliz esperanza”³⁵. Dios, Padre de infinita bondad, se ha hecho Persona para aligerar nuestras cargas. El Dios de todo consuelo -expone San Pablo- “nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios. Porque, así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo (...) En Cristo tenemos una esperanza bien fundada”³⁶.

La Carta a los Romanos precisa que el Espíritu Santo es garante de nuestra esperanza: “La esperanza no falla -exclama San Pablo-, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”³⁷.

La esperanza se sostiene en el conocimiento que tenemos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo. El cristiano necesita saber esperar, con confianza, asumiendo pacientemente las pruebas “para poder alcanzar la promesa”³⁸.

Poseemos el firme testimonio de Jesús, quien cumplió todos los ofrecimientos que hizo en su peregrinar terreno; quizá la más radical, que resucitaría de entre los muertos para darnos nueva vida.

La otra “cara” de la moneda es la desesperanza. El filósofo Joseph Pieper consideraba la desesperanza como una anticipación perversa, donde se asume que el bien esperado no se concretizará. Citando a San Isidoro de Sevilla, Pieper sostenía que el desesperado desciende al infierno³⁹.

La desesperación destruye el carácter de peregrinaje que posee la existencia humana. Contra toda realidad, transforma el “todavía” de la esperanza en un “no”, o en la concreción frustrada de lo esperado.

Toda forma de desesperanza es antinatural y mortal para el espíritu. San Agustín solía decir que había dos cosas que “mataban” el alma: la desesperación y la falsa esperanza.

Ordinariamente, cuando se habla de desesperanza, se hace referencia a un estado por el cual la persona se sumerge en el desaliento, de manera voluntaria o involuntaria. La pérdida de horizonte se asocia a una realidad que refleja la llamada “cultura de muerte”, que intenta edificar la existencia de espaldas a Dios.

La desesperanza personifica una decisión consciente, un acto del intelecto. Desde esta perspectiva, la desesperanza constituye un grave pecado, que pone en cuestión el generoso amor que Dios nos ha dispensado.

13. La esperanza se sostiene en las promesas del Señor Jesucristo.

El esperanzado vive otra dinámica, la de la fe, porque se sostiene en el conocimiento que tenemos de las promesas del Señor Jesucristo. El cristiano necesita saber esperar, sobrellevando pacientemente las pruebas “para poder alcanzar la promesa”⁴⁰.

³⁵ Tit 2,13.

³⁶ 1 Cor 1, 3-7.

³⁷ Rom 5, 5.

³⁸ *Spe salvi*, 9.

³⁹ Ver Josef Pieper, *Ob. cit.*, p. 47.

⁴⁰ *Spe salvi*, 9.

A diferencia del optimismo, donde se asume por un impulso o corazonada que las cosas saldrán bien, la esperanza cristiana nace y se nutre del testimonio vivo de una persona, Jesucristo, que vino a nosotros para salvarnos.

El Cardenal Gerhard Ludwig Müller, en su valioso libro: "Informe sobre la esperanza", decía que la esperanza cristiana se fundamenta en la humanidad resucitada de Jesucristo: "No basta decir que el cristiano siempre tiene esperanza, sino que es más correcto decir que 'el cristianismo tiene siempre la esperanza de Cristo'"⁴¹. Sin Jesucristo su visión se reduce a una filosofía o sistema de valores similares a otros.

El Cardenal Müller insistía mucho en sostener la esperanza de la Iglesia en el realismo de la Redención cumplida en el Cuerpo de Cristo y grabada en el corazón de los hombres. El hombre participa de un proceso auténtico de transformación y divinización desde el amor: "Nuestra vida se transforma y abandona su aislamiento para unirse a la vida del amado: Jesucristo Salvador"⁴².

El Cardenal Ratzinger realiza un importante deslinde entre optimismo y esperanza:

"La finalidad de la esperanza cristiana es (...) un don del amor, que nos viene dado más allá de nuestras posibilidades operativas. Tenemos la esperanza de que existe este don, que no podemos forzar, pero que es la cosa más esencial para el hombre que, consecuentemente, no espera ante el vacío con su hambre infinita; y la garantía es la intervención del amor de Dios en la historia, y de forma especial en la figura de Jesucristo, mediante el cual nos viene al encuentro el amor divino en persona"⁴³.

En esta dinámica esperanzadora nos nutrimos de la "hypomoné", la paciencia y la perseverancia, virtudes que trascienden los horizontes de nuestra visión temporal, para afincarse en la mirada de Dios, divisando la vida con visión de eternidad.

Vivir la paciencia significa aprender a renunciar al capricho que demanda un resultado inmediato, principalmente, porque quiero algo en este preciso instante. Se trata de vivir con los ojos en la patria celestial es lo que nos permite avanzar en las luchas cotidianas, aquí en la tierra y ahora, hacia la conformación con el Evangelio, en la apertura y cooperación con la gracia de Dios.

En el plano espiritual, la esperanza nos aporta fuerzas para lanzarnos hacia los combates interiores, que son sumamente arduos, pero necesarios para doblegar a nuestro hombre viejo, enajenado por el pecado y por los hábitos negativos y egoístas.

Con el fin de prestar oídos a Dios, necesitamos desplegar el esfuerzo para reorganizar y armonizar nuestras potencias, dispersas por nuestras faltas. Requerimos aprender un nuevo conocimiento, vivificado por la gracia amorosa del Señor. Tenemos el reto, o más bien la invitación para familiarizarnos con las sublimes promesas del Padre, para luego poner en práctica aquello aprendido por el intelecto e interiorizado en el corazón.

El Apóstol Pedro nos sitúa en la realidad de lo prometido por Jesús:

"Hemos entrado en posesión de las más ricas y preciosas promesas para hacernos así partícipes de la naturaleza divina, una vez que hayamos escapado de la corrupción que hay en el mundo por causa de las pasiones. Por eso debéis esforzaros en añadir a vuestra fe virtud"⁴⁴.

⁴¹ Cardenal Gerhard Ludwig Müller, *Informe sobre la esperanza*, BAC, Madrid 2016, p. 23.

⁴² Cardenal Gerhard Ludwig Müller, *Ob. cit.*, p. 32.

⁴³ Joseph Ratzinger, *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y amor*, EDICEP, México 1989, p. 53.

⁴⁴ Ver 2 Pe 1, 4-5.

La promesa más significativa de Dios para las personas es la encarnación de su propio Hijo, para salvarnos. La promesa más significativa de Jesucristo fue el anuncio de la resurrección. Promesa que se cumple.

Ninguna experiencia visible puede ser suficiente para explicar la resurrección de Cristo. Esta, no obstante ser un hecho histórico, permanece un misterio de la fe. La fe es un don sobrenatural que consiste en apoyar toda la existencia en una verdad que ha sido revelada.

Los apóstoles vieron a Cristo resucitado y afirman: "Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse... a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos"⁴⁵. Por tanto, la resurrección de Cristo es un acontecimiento histórico comprobado por testigos oculares.

La resurrección del Mesías, Salvador, es la verdad fundamental del cristianismo. La Iglesia proclama en la oración del "Exsultet": "Cristo, rompiendo las cadenas de la muerte, surge del sepulcro victorioso".

El Papa Benedicto XVI destaca este acontecimiento esencial para nuestra fe, que confirma las promesas de nuestra redención, repitiendo una afirmación crucial de San Pablo: "Si Cristo no resucitó, es vacía nuestra predicación, y es vacía también nuestra fe (...) Y vosotros estáis todavía en vuestros pecados" (1 Co 15, 14.17).

Con estas claras palabras de la primera carta a los Corintios, Pablo da a entender la importancia decisiva que atribuye a la resurrección de Jesús, pues en este acontecimiento está la solución del problema planteado por el drama de la cruz: instrumento de muerte humillante y de tortura atroz. Por sí sola la cruz no podría explicar la fe cristiana; más aún, sería una tragedia, señal de la absurdidad del ser.

14. Se nos convoca a crecer en esperanza para sobrellevar el dolor.

Se nos anima a crecer en esperanza para sobrellevar el dolor, para que el sufrimiento no nos destruya imponiéndonos una visión del "sin sentido", del absurdo.

La esperanza que sostiene nuestras luchas espirituales necesita estar fuertemente anclada en Dios, en su gracia divina. Se trata del Padre Amoroso, que tiene rostro humano, y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular, y a la humanidad en su conjunto.

Su Reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega. Esta es una enseñanza importante porque si "anclamos" nuestra esperanza en algún ideal abstracto y distante en vez de hacerlo en un Cristo resucitado, en cuerpo y espíritu, corremos el riesgo de caer en un ideal de vida etéreo, que no se sostiene en la realidad y pronto se desvanece.

El Reino de Dios está presente allí donde Jesucristo es amado y donde su amor nos alcanza en la forma de la vida de misericordia y de servicio amoroso. Sólo el amor aprendido de Dios nos da la posibilidad de perseverar, día a día, con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto.

Al mismo tiempo, el amor de Dios es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente, y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la paz y la alegría propias al amor de Dios.

"Una esperanza que se ve no es esperanza", afirmaba el Papa Francisco. "La alegría cristiana es una alegría en la esperanza que llega, que se concreta"⁴⁶.

⁴⁵ THch 10,40-41.

⁴⁶ S.S. Francisco, *Homilía en Santa Marta*, 30 de mayo de 2014.

¡Tiene que ser así! Porque hay situaciones que revelan; que podrían llamar a la angustia: por ejemplo, el sufrimiento del inocente, del ignorado, el hambre de los pobres, las injusticias contra los débiles y desheredados, la suerte de los desplazados. Hoy día la pandemia.

El Papa Francisco nos recordaba alguna vez: “Debemos decir la verdad: no toda la vida del cristiano es una celebración”. “¡No toda! Se llora, muchas veces, se llora. Pero Jesús nos dice: ‘¡No tener miedo!’”⁴⁷.

También la esperanza de Jesucristo nos llena de gozo. Reflexionando sobre estas paradojas de la condición humana el Cardenal Paul Poupard explicaba:

“La felicidad echa sus raíces en un modo de responder a la vida que va más allá del yo y que comporta una lucidez obtenida a alto precio. Estamos cerca de los Evangelios y de su promesa paradójica de que el que pierde su vida la encuentra (...) Dicho abandono es a menudo el fruto de una lucha con el amor y con el sufrimiento”⁴⁸.

El obispo y académico anglicano N.T. Wright formulaba dos interrogantes: primeramente ¿qué es la esperanza cristiana? En segundo lugar, ¿qué implicancias contiene la esperanza cristiana para el mundo presente, para su transformación, para su futuro? ¿Está en capacidad de aportarle posibilidades para una vida más plena?

De acuerdo con Wright las respuestas a ambas preguntas están estrechamente unidas. “Si la esperanza cristiana implica la nueva creación realizada por Dios con la resurrección de Jesucristo, de ‘unos cielos y una tierra nuevos’ (Ap 21,1; 1 Cor 15,35ss), y si aquella esperanza adquiere vida en Cristo Jesús”, tener fe en el Redentor y en sus Promesas implica que el mundo y la persona pueden cambiar, pueden transformarse por el dinamismo del Evangelio⁴⁹.

Nos corresponde a los cristianos laborar por el establecimiento del Reino de Dios, evangelizar nuestro entorno, nuestra cultura y transformar el mundo de acuerdo con lo que Dios tiene en su divino Plan enseñado por la Iglesia.

15. Alimentar la esperanza con la oración, el diálogo con Dios.

El Papa Benedicto XVI relacionaba la esperanza con la oración, “un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza”⁵⁰. Una de las maneras más adecuadas de acceder a Dios es, precisamente, mediante la oración, pidiendo incesantemente el don de la esperanza.

- La oración nos acerca al Espíritu de Dios.
- Alimenta nuestra esperanza.

El Espíritu Santo es quien nos alienta, impulsa y fortalece. Es el Espíritu de Dios quien aporta vida y sostiene nuestra hambre de conversión; quien enciende y aviva el fuego de nuestra santificación, porque él es el Espíritu de amor y de la comunión⁵¹. Él es también quien suscita nuestra alegría, como la del Señor, que “se llenó de gozo en el Espíritu Santo”⁵².

⁴⁷ Allí mismo.

⁴⁸ Cardenal Paul Poupard, *Felicidad y Fe Cristiana*, Editorial Herder, Barcelona 1992, pp. 31-32.

⁴⁹ N.T. Wright, *Surprised by Hope. Rethinking Heaven, the Resurrection, and the Mission of the Church*, Harper One, New York 2008, p. 5.

⁵⁰ S.S. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 32.

⁵¹ Ver Rom 15, 30 y 2 Cor 13, 13.

⁵² Lc 10, 21.

Ocurrirán fracasos y frustraciones en nuestra vida, pero estamos llamados a confrontar la tentación del abandono y de la desesperanza, que generalmente no es sino manifestación del amor propio herido y de perder la confianza, por lo que hay que evitar las racionalizaciones subjetivas que buscan conducirnos a la evasión y a la huida.

Hay que perseverar en la confianza, en los incontables testimonios del amor de Dios, de la amistad fraternal y solidaria de Jesucristo, puesto que en esta lucha espiritual no puede ser vencido quien no deja de combatir y de confiar en el Padre Amoroso, cuya asistencia y socorro nunca faltan.

Hay que tener presente que lo que importa es el resultado final, y no tanto cuantas batallas se pierden en el camino. Hay que recordar que quien persevera junto al Señor encontrará el consuelo, la paz y la victoria.

El Papa Benedicto XVI explicaba que “el hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder compadecer Él mismo con el hombre (...) Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer”⁵³. Dios nos consuela porque Su Hijo conoció el sufrimiento. De ahí nace la esperanza.

Necesitamos preguntarnos: ¿Para que vivimos? ¿Por qué nos esforzamos para crecer en la esperanza y en la virtud? Cada una de estas interrogantes, e innumerables más, van y vienen cotidianamente en nuestra mente, en nuestro corazón. La respuesta surge inmediatamente: ¡Para ser otros “cristos”, portando la Buena Nueva de la esperanza, ¡de la misericordia y del amor!

Estamos invitados a vivir el Plan de Dios, aquello mejor para nosotros, deseado por el Padre Eterno, quien nos ama. Es nuestra hermosa vocación a ser personas. Este anhelo nos conduce de retorno al Señor Jesús, porque aspiramos a conformarnos con Él, especialmente a través del vivo testimonio filial de Santa María y de tantas personas santas que nos han precedido.

La generosidad aprendida de Jesús y de Santa María nos hace plenamente disponibles para el anuncio del Evangelio en las diversas realidades humanas. Tenemos ante nosotros un horizonte que nos interpela, animándonos a considerar la importancia de una intensa vida espiritual.

Se trata de mantenernos en la ruta que nos muestra Jesucristo. En ruta a la conformación con el Señor Jesús, Hijo de María, en plena y total adhesión configurante, en quien encontramos la integridad y verdad sobre el ser humano.

¿Cómo entendemos la conformación con Jesús, Hijo de María? Hallamos una explicación en San Pablo, cuando describe la relación que debemos buscar con Jesús: “Entrando en sus mismos sentimientos”⁵⁴.

Nuestra vida cristiana se levanta sobre la realidad personal de Jesucristo. Entonces, como es posible abandonar la tarea de tomar cotidiano contacto con Él, a través del Evangelio, la Eucaristía, la oración, la práctica de la caridad, el apostolado, la reflexión, ¿entre otras maneras? ¿Cómo conoceremos al Padre Celestial sin acercarnos al Señor Jesús? ¡Porqué, cuando tratamos con Él, tocamos a Dios mismo, al Dios de la esperanza!

Aquella esperanza, forjada especialmente en la prueba sublime del Calvario, en la Cruz, un Jesús clavado a dos palos terribles, se transforma en un suplicio que desafía todo entendimiento, si no es contemplado desde la luz de la Gracia, de las promesas de redención y reconciliación.

⁵³ S.S. Benedicto XVI, *Spe salvi*, N. 39.

⁵⁴ Ver Flp 2, 5.

La confianza, la paciencia, la adhesión amorosa a Jesús, es nuestra respuesta a las tinieblas que pueden ensombrecer nuestra existencia. Este fue el reto que sobrellevan tantas personas de fe que no desesperan. ¡Podría ser nuestro camino, el de la confianza, la paciencia y la adhesión amorosa a Jesús!

Aquella es nuestra respuesta a las tinieblas que pueden ensombrecer nuestra existencia. En estos tiempos de pandemia y de incertidumbre mundial el Papa Francisco llamaba a los cristianos a ser portadores de la Buena Nueva de la resurrección de Jesucristo, convocando a “contagiar” y transmitir de corazón a corazón, la esperanza: “¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”⁵⁵.

“No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas”, resaltaba el Santo Padre. “No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no ‘pasa por encima’ del sufrimiento y de la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios”⁵⁶.

Dios creador amó tanto al mundo que le dio a su único hijo, para que todos los que crean en Él no perezcan, sino que compartan la vida divina. El Hijo de Dios nos amó y se entregó por nosotros. Este maravilloso mensaje de esperanza nos inclina a decir: Señor, gracias, pero lléname de tu gracia; hazme parte de tu nueva creación; y ayúdame a laborar en tu obra reconciliadora y salvífica con la que redimes al mundo.

Dios es el Dios de las sorpresas, de los nuevos comienzos y de la nueva creación. Incluso hoy día que nos encontramos asustados y aturridos tiene sentido decir que Jesús crucificado y resucitado es el Señor del mundo, que convoca a todas las personas para su obra salvífica.

El Papa Francisco llamaba a las personas a “anclarse en la esperanza”, que denominaba “una virtud arriesgada (...) Una virtud, como dice San Pablo ‘de una ardiente expectativa hacia la revelación del Hijo de Dios’. No es una ilusión”⁵⁷. Tener esperanza, indicaba el Papa, es “estar en tensión hacia esta revelación, hacia esta alegría que llenará nuestra boca de sonrisas”; también significa asirse a aquellas anclas de la esperanza y la alegría, desplegando el amor transformante del Evangelio⁵⁸.

Se trata de una esperanza que tiene ante sí ideales concretos, cimentados en las promesas de Dios, que ya se cumplen, aquí en el cotidiano de la existencia. “Una auténtica fe, que nunca es cómoda e individualista -afirmaba el Papa Francisco-, siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra”⁵⁹.

Que Dios nos dé gracias y esperanza.

⁵⁵ Mensaje Urbi Et Orbi del Santo Padre Francisco: Pascua 2020, Domingo, 12 de abril de 2020.

⁵⁶ Allí mismo.

⁵⁷ Papa Francisco, *Homilía. Misa en la Capilla de la Casa Santa Marta*, 29 de octubre, 2013.

⁵⁸ Allí mismo.

⁵⁹ *Evangelii Gaudium*, N. 183.